

ASTRALES

Astrales sigue siendo una buena persona a pesar de los años. Aún es fácil engañarlo como a un crío que recién empieza a balbucear. Por ejemplo, sin ir más lejos, hace unos días M lo llamó temprano a su casa y le dijo en tono intimidante (con esa su voz camaleónica que transforma a voluntad): «Oye, negro, hoy pasaré por tu casa. Tenme listo el monopatín de mi hijo que te di el año pasado para que lo arreglaras, ¿no crees que ya es mucho tiempo?».

José Astrales debe de haber quedado desconcertado: él no es negro (o no lo llaman así), nadie le entregó nada el año pasado y, sobre todo, no se dedica a arreglar monopatines. Su oficio es otro (algo así como arreglar floreros). «¿Disculpe...?». «¡Hoy pasaré!». «Pero...» «No hay pero que valga, negro: pasaré y pasaré. ¡Es el monopatín de mi hijo!».

La voz era tan imperiosa, y había un niño de por medio, que Astrales ha ido a comprar un monopatín inmediatamente y se ha pasado toda la tarde en su taller esperando que llegaran para reclamarlo; pero no llegaron. Y por la noche soñó que se deslizaba sobre un brillante monopatín a una velocidad tan vertiginosa que despertó asustado y con el corazón acelerado; después no pudo volver a conciliar el sueño...

Por la mañana, llegó M al taller: «Oye, hermanito, hoy me llamaron a casa, no sé quién..., la verdad, me dio miedo..., me hablaron que tenía que entregar un monopatín...». «¿Un monopatín?», cortó rápidamente Astrales al escuchar la

palabra de boca de M, que la dijo en tono afligido y preocupado. «Sí, un monopatín». «¿Un monopatín? ¿Estás seguro?». «Sí, hermanito, ¿por qué?». «¡Porque a mí también me llamaron!». «¿Te llamaron?...», dijo M con cara de incrédulo, para luego agregar angustiado: «La verdad que tengo miedo..., ¿y si el tipo viene de verdad por el monopatín de su hijo?... ¡Y para colmo estoy sin un céntimo!». «Espera», dijo Astrales y pasó del taller hacia su cuarto y regresó trayendo el flamante monopatín, que entregó a M.

M salió del taller profundamente agradecido. Caminó raudamente hacia una tienda donde confeccionó un largo paquete y, de allí, tomó la ruta más rápida a la agencia de transporte; entregó la encomienda y le dieron el recibo.

Al otro día, llegó Astrales donde M. «¿Y vinieron...?». «Sí, sí vinieron y trajeron también al niño». «¿Y se lo diste?». «¡Claro!».

De regreso al taller, Astrales iba profundamente conmovido: ambos, M y él, sentían igual: ¡dar alegría a un pequeño valía cualquier sacrificio!

Cuando en Q, de donde había emigrado M años atrás, el niño vio el monopatín — al abrir la encomienda ayudado por su madre— estalló lleno de júbilo y saltando y saltando. «No te lo decía, que no se iba a olvidar», habló la madre emocionada. Y recordó al hermano ‘cabeza loca, pero de buen corazón’, prometiendo, con su voz camaleónica (que aquella vez había tomado la forma del Tío Rico Mc Pato de los dibujos animados): «¡Oiga, jovencito, no sé cómo, pero le haré llegar su monopatín para estas navidades!».